

## ¿CÓMO SE FORMARON LOS EVANGELIOS?

Los cuatro evangelios canónicos fueron escritos entre los años 50 al 90, reuniéndose como una única colección alrededor del año 125. No son ni biografías de la vida de Jesús ni crónicas históricas, pero están basados en datos reales y pretenden transmitir con fidelidad palabras, hechos y acontecimientos de Jesús.

Una de las cosas que más puede llamar la atención es que tras las aparentes semejanzas que hay entre ellos se descubren grandes diferencias; así, un mismo acontecimiento puede estar narrado con matices distintos en cada evangelio o hay relatos que sólo refiere alguno de los evangelistas, siendo omitido por los demás. Como el caso de “las bienaventuranzas”, tan conocidas por todos nosotros, que aparecen sólo en san Mateo y san Lucas, resultando que el primero enumera nueve bienaventuranzas frente a las cuatro que indica el segundo.



A los evangelios de san Mateo, san Marcos y san Lucas se les conoce como los *evangelios sinópticos*, palabra que etimológicamente quiere decir “con una mirada” (*synopsis*), pues sus textos se pueden disponer en columnas paralelas percibiéndose rápida y claramente sus semejanzas y diferencias. Ante ello, es lógico, preguntarnos: ¿cómo es posible esto?

Los evangelios intentan transmitir las tradiciones de lo que Jesús dijo e hizo, pero estos textos no se escribieron de inmediato, sino años después de su muerte y resurrección. La experiencia pascual transformó profundamente a los discípulos, permitiéndoles conocer e interpretar mejor lo que habían visto y oído de su Maestro. Desde esta nueva perspectiva reelaboran las tradiciones de Jesús y la manera de transmitir las, tradiciones que, antes de tomar la forma de textos escritos, pasarán un largo proceso de preparación que responderá a motivos y necesidades concretas de las comunidades para las que se escribieron.

Podemos señalar tres etapas en la elaboración de los evangelios:

1. Predicación y actividad pública de Jesús, hacia los años 28-30.
2. Los discípulos, en sus diferentes comunidades, predicaban a Jesús muerto y resucitado, celebran el culto e instruyen cómo se debe vivir; poco a poco, van dando forma a las palabras y a los relatos sobre su vida. Es lo que se conoce como *historia de la formación*.
3. Cuatro redactores seleccionan, sintetizan y adaptan estos materiales poniéndolos por escrito; proceso que se denomina *historia de la redacción*.

En la **primera etapa**, hay que considerar que Jesús realiza su actividad en una cultura de la memoria y de la tradición. Para un judío era fundamental la fidelidad a la tradición rabínica, lograda por medio de una pedagogía de la memorización. De ambos principios estaban imbuidos los discípulos de Jesús.

El lenguaje que Jesús utilizó es fruto de su experiencia personal de la cercanía de Dios, la cual no se puede comunicar de otra forma más que empleando imágenes, metáforas,

simbolismos, expresiones enigmáticas y penetrantes, fáciles de grabar en la memoria de los oyentes. “*Por sus características formales, por su concisión y fuerza, por sus mismos aspectos enigmáticos, la enseñanza de Jesús revela, con frecuencia, su intención de ser repetida y memorizada*” (R. Aguirre).

El grupo de discípulos que acompaña a Jesús cultivó en su seno una tradición de sus palabras; son oyentes privilegiados de su enseñanza y también, en alguna ocasión, son enviados a proclamar el mismo mensaje del Reino de Dios (Lc 10, 1-20; Mc 3, 14-15 y Mt 10, 5ss), ocasiones en las que, sin duda, utilizaban los resúmenes doctrinales, fáciles de recordar, que retenían del Maestro. Otra situación que requirió la conservación y transmisión de las palabras de Jesús fueron las “pautas” que deberían ir marcando la propia vida interna de este grupo, sociológicamente específico y diferente de otros grupos judíos.

Aunque los discípulos fueron engarzando esta tradición cultivada de las palabras de Jesús con los relatos de su vida, a fin de poder narrar los hechos y actitudes del profeta y maestro cuyas palabras proclaman, todavía no se puede considerar una tradición propiamente narrativa.

La **segunda etapa** corresponde a la actividad desarrollada por la comunidad pospascual, la cual, si bien se interesa por la transmisión fiel de la tradición y la vinculación con el Jesús del pasado, no se queda en una mera repetición de las palabras del Maestro, sino que necesita hacerlas presentes, vivas. Esta adaptación y actualización supuso: una *adaptación lingüística* (pasan del arameo al griego), una *adaptación cultural* (creadas dentro de las costumbres semíticas de Palestina, se difunden en los centros helenísticos), una *adaptación social* (nacen en el ámbito rural palestino y se injertan en una civilización urbana), y una *adaptación eclesial*, debido a la existencia de nuevas comunidades cristianas con sus propios problemas y circunstancias.

Tras la Pascua descubren que en la persona de Jesús se cumplen todas las Escrituras. Las palabras de Jesús adquieren la misma autoridad que tenían las Escrituras, como Palabra de Dios, y se les aplican las mismas técnicas desáricas (de investigación) que utilizaban para el AT, a fin de adaptarlas, actualizarlas y buscar en ellas luz para las nuevas situaciones que vivían. Estas reelaboraciones y adaptaciones, a veces, ponen en boca de Jesús actualizaciones de su mensaje que van más allá de lo que históricamente dijo. Un caso que puede servir de ejemplo es el envío universalista de Mt 28, 18-20, que refleja las experiencias de apertura a la gentilidad.

Las tradiciones evangélicas son conservadas, reelaboradas y transmitidas por la comunidad pospascual a través de las diversas actividades que constituían su vida: la *catequesis*, la *predicación misionera*, la resolución de las *controversias* que surgían y la celebración del *culto*, centrado en la “fracción del pan” (Hch 2, 42). Es, como bien nos podemos imaginar, un proceso muy complejo hecho dentro de comunidades vivas y organizadas, pero en vías de rápida evolución y diferenciación. La puesta por escrito no supuso la desaparición automática de la tradición oral, pues ambas coexistieron mucho tiempo y se influyeron recíprocamente. Asimismo, las tradiciones de las diversas comunidades se intercambiaban y se influían entre sí.

La **tercera etapa** dio como fruto la redacción de los textos de los evangelios que nosotros conocemos. La labor de los evangelistas consistió en: 1) *seleccionar los datos de la tradición*, tanto san Juan (20, 30-31; 21, 25) como san Lucas (1, 1-4) dan a entender que han tenido distintas fuentes y que han seleccionado el material; 2) *realizar síntesis*, como, por ejemplo, la que san Mateo hace de la enseñanza del Sermón de la Montaña; 3) *adaptar* la tradición recibida a las situaciones de las diversas Iglesias, según las necesidades de

sus respectivas comunidades, y 4) *conservar* el estilo de la proclamación, ofreciendo a la Iglesia la base de la fe y de la vida cristiana.

Iniciábamos estas líneas diciendo que los evangelios no son crónicas históricas del pasado; tras lo expuesto, podemos concluir afirmando que son narraciones teológicas, porque descubren en la vida de Jesús la actuación de Dios y el cumplimiento del AT.

Son narraciones de Jesús con una trama que desemboca en la cruz, pero, al mismo tiempo, son confesiones sobre la presencia actual del Señor resucitado, que está presente en la comunidad y le dirige su palabra. “*Se da una cierta fusión de horizontes entre el pasado de Jesús y el presente del Señor resucitado y, por eso, la narración evangélica pretende producir la presencia de lo narrado*” (R. Aguirre).

Como hemos visto, en el curso de su transmisión hay un interés constante por actualizar las tradiciones a fin de que sean significativas en el presente; en función de esto, los evangelistas seleccionan sus materiales, hacen añadiduras, los reelaboran. Quieren hacer un relato que interpele al lector introduciéndolo en lo narrado. Dimensión interpeladora de los evangelios que es una invitación a vivir como vivió Jesús, dejando de ser un texto narrativo, más o menos interesante, para convertirse en lugar de encuentro con el Señor Resucitado.

#### BIBLIOGRAFÍA:

Los que se sientan atraídos por este tema disponen de diversas publicaciones; por ejemplo los: *Evangelios Sinópticos y Hechos de los Apóstoles* (Madrid, 1983), escrita por distintos autores, es una obra breve, fácil y muy amena de leer. Si quieren conocer el origen de cada uno de los libros que forman el NT tienen la de Eduardo Lohse, *Introducción al Nuevo Testamento* (2ª ed., Madrid 1986), aunque es breve su lectura resulta más densa. Si ya están familiarizados con estos estudios disponen de la espléndida obra de Rafael Aguirre y Antonio Rodríguez Carmona, *Evangelios sinópticos y hechos de los apóstoles* (2ª ed., Estella 1994), que además de ser clara, precisa y actualizada ofrece abundante bibliografía y pistas metodológicas para el estudio personal.

Mª Dolores Díaz-Miranda y Macías, O:S:B.